

Colección
Las juventudes argentinas hoy:
tendencias, perspectivas, debates

Corporalidades y juventudes



Subiendo el volumen

Mariana del Mármol, María Luz Roa (compiladoras)

**Mariana del Mármol, María Luz Roa, Ana Sabrina Mora,
Aymaré Barés, Sebastián Godoy, Diego Roldán, Mariana Sáez,
Gustavo Blázquez, Cecilia Castro, Laura Milano, Silvia Citro**

MARIANA DEL MÁRMOL
MARÍA LUZ ROA
COMPILADORAS

Corporalidades y juventudes

Subiendo el volumen



Corporalidades y juventudes : subiendo el volumen / Mariana del Már-
mol... [et al.] ; compilado por Mariana del Mármol ; María Luz Roa. - 1a
ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Grupo Editor Universitario,
2020.

126 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-8308-24-1

1. Ensayo Sociológico. 2. Jóvenes. I. Mármol, Mariana del, comp. II.
Roa, María Luz, comp.
CDD 305.235

1ª edición: agosto 2020

Diseño, composición, armado: Silvia Ojeda

Diseño de tapa: GEU

Fotografía de tapa: Performance "Túnel de carne" Grupo de Performance "Pasarela"
(Universidad Distrital Francisco José de Caldas), IV Jornadas de Performance-Inves-
tigación, noviembre de 2017 (Red de Investigación de y desde los cuerpos), PH: Sal-
vador Batalla.

© 2020 by Grupo Editor Universitario
San Blas 5421, C1407FUQ - C.A.B.A.

ISBN: 978-987-8308-24-1

Queda hecho el depósito de ley 11.723

*No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la
transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier
medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros
métodos, sin el consentimiento previo y escrito del editor. Su infracción está penada
por las leyes 11.723 y 25.446.*

Índice

INTRODUCCIÓN

Subiendo el volumen...

Entre conversaciones polifónicas y melodías disonantes

Mariana del Mármol - María Luz Roa 7

APERTURA

A propósito de múltiples distancias

Cuerpo y juventud en cercanía interseccional

Ana Sabrina Mora - Mariana del Mármol 13

“Hallarse” en el monte y la estepa.

Corporalidades juveniles rurales.

Aymaré Barés - María Luz Roa 21

Habitar el Parque de las Colectividades. Corporalidades,
prácticas y espacialidad en la ribera central de Rosario

Sebastián Godoy - Diego Roldán 39

Todxs nos vamos medio agitando.

Juventud y juvenilización en los campos

de la danza contemporánea, el circo y el teatro

Mariana del Mármol - Mariana Sáez 51

En modo fiesta. El montaje de cuerpos extáticos
entre jóvenes en la Córdoba contemporánea.

Gustavo Blázquez - Cecilia Castro 69

Si me vas a hacer una escena que sea porno.

Consumos y apropiaciones pornográficas
en las juventudes transfeministas

Laura Milano..... 83

CODA

Diálogos sobre cuerpos y juventudes.

Dos generaciones (y varias investigaciones)
en un ensamble escénico en devenir.

Franco S. Citro (Silvia Citro) - la Chilin (María Luz Roa) 97

Imágenes..... 109

Bibliografía 113

Datos de autorxs 121

“Hallarse” en el monte y la estepa. Corporalidades juveniles rurales

AYMARÁ BARÉS
MARÍA LUZ ROA

Introducción

Aquí conversamos entre la humedad del monte misionero y la aridez de la estepa patagónica, entre el frío que cala los huesos durante las madrugadas en el camión y el sudor de manos con tijeras y serruchos. Nos preguntamos así ¿cómo son las experiencias juveniles en la ruralidad argentina hoy? ¿Qué significa eso que los pibxs llaman “hallarse” en el monte y la estepa? Es que si hay algo que caracteriza las experiencias juveniles rurales es no sólo el de residir en el campo o la rururbanidad, sino el de existir, respirar, estar en la movilidad y la quietud de las territorialidades rurales y rururbanas. Y ese estar es corporal, sensible, emocional, práctico.

En este artículo nos proponemos comprender comparativamente los modos de existencias corporales que se trazan entre el campo, el pueblo y la ciudad; entre el trabajo, la escuela y el hogar; y las identidades juveniles que se constituyen en estos trayectos rural-urbanos de Argentina. Una pregunta básica para comprender el suelo experiencial de las subjetividades juveniles, pero postergada por las tradiciones de estudios rurales y de juventud.

Presentamos dos casos de pibxs¹ trabajadores rurales y campesinos contrastantes. En primer lugar, consideramos una investigación

1. Si bien acordamos con la definición de las Naciones Unidas que considera jóvenes al rango de 15 a 24 años para el caso de Misiones; en el caso de Patagonia, hemos extendido dicha franja etaria hasta los 30 años, debido a las valoraciones locales y situacionales

etnográfica² fenomenológica sobre jóvenes cosecherxs de yerba mate –tareferos– de la provincia de Misiones que residen en barriadas de colonias rurales y en barrios periurbanos de las ciudades intermedias de Oberá y Montecarlo, y el municipio yerbatero de Comandante Andresito. Estxs jóvenes son quienes tienen las peores condiciones laborales de un mercado laboral rural históricamente precario; al mismo tiempo que la falta de trabajo durante la interzafra, la dificultad de conseguir vivienda, y la importante deserción y repitencia escolar en las ciudades hacen que se les dificulte integrarse en las urbes. En segundo lugar, presentamos una investigación cualitativa que articula el análisis del discurso y el registro etnográfico³ con jóvenes de familias campesinas rurales que se dedican a la cría extensiva de ganadería ovina y caprina de Ñorquin Co, ubicada en Río Negro, y Cushamen, ubicada en Chubut⁴. Actualmente estas familias sufren la escasez de tierras para una producción que les

de juventud en contextos en donde se comparte el predio familiar, más allá de haber o no formado una familia nuclear propia (Barés, 2019).

2. Consideramos información proveniente de una investigación doctoral y posdoctoral en la que se realizaron nueve trabajos de campo etnográficos entre 2008 y 2017 en las localidades de Oberá (zona centro) y Montecarlo (zona norte) (ver Roa, 2015, 2017a, 2018), y un trabajo de campo en 2019 en Montecarlo y Comandante Andresito (zona norte que linda con la triple frontera de Argentina, Paraguay y Brasil). En ellos se realizaron observaciones participantes en los barrios, escuelas y yerbales donde transitaban estxs jóvenes, entrevistas en profundidad a jóvenes e informantes clave, focus groups con metodologías de performance-investigación. Se presentaron resultados previos de esta investigación en formatos académicos escriturales tradicionales ya sea tesis, libros y artículos (Roa, 2015, 2017), y en una obra de teatro etnográfico llamada “Carne oscura y triste ¿qué hay en ti?” (dir. María Luz Roa) que se presentó en las comunidades tareferas donde se realizaron los relevamientos y otros espacios culturales y comunitarios.

3. Consideramos información proveniente de una investigación doctoral realizada entre 2014 hasta 2019. En la misma se realizaron observaciones, entrevistas, encuestas, y focus groups con jóvenes que asistían a las escuelas 7709 de Cushamen, y la hoy, ESRN 110 de Ñorquin Co. Asimismo se realizaron encuentros sucesivos con jóvenes que habían dejado o terminado la escuela secundaria, algunxs se encontraban estudiando o trabajando en otras localidades y provincias, algunxs habían vuelto a sus comunidades –luego de haber vivido en otras localidades– y algunxs que se quedaron en las mismas trabajando. Los resultados de este trabajo se han compartido en diferentes publicaciones (Barés, 2014, 2016a, 2016b, 2017, 2018).

4. Ambas localidades del noroeste patagónico crecieron a raíz de la delimitación y creación de reservas indígenas, originadas por decreto del que fuera presidente de la nación, Julio Argentino Roca.

permita vivir dignamente, y por tanto son lxs jóvenes quienes migran en búsqueda de trabajo y ‘ayudas económicas’ extraprediales.

Desde estos hallazgos que unimos en un trabajo de campo compartido en Patagonia, a continuación analizaremos en primer lugar las territorialidades en las que “están” lxs jóvenes y los espacios de socialización juveniles que se trazan en sus devenires cotidianos; en segundo lugar cómo se constituyen sus “corporalidades rurales fuertes” desde una inmersión en el territorio; en tercer lugar, los modos de identificación juveniles y su vínculo con estigmatizaciones étnico-territoriales y de clase; para finalmente preguntarnos por el estar siendo un pibx rural, o lo que llaman “hallarse” en el campo.

“Estar” en movimiento. Aguantar el desarraigo

Comenzamos por el principio metodológico que nos proponen los estudios fenomenológicos sobre corporalidades (Csordas, 1994; Desjarlais, 2017): la experiencia perceptual corporal, el modo de presencia y compromiso en el mundo, la cual se define por los entramados prácticos –*habitus*– y pre-objetivos. O lo que, desde visiones americanistas y decoloniales, podemos pensar como el “estar nomás aquí” (Kusch, 2000). ¿Cómo es el habitar aquí y ahora de lxs jóvenes rurales? Al comenzar por un “estar” corporal y significativo, partimos de la instalación del sujeto en un territorio que tiene al “movimiento” como característica principal. En ambos casos analizados, las trayectorias de lxs pibxs implican diversos trayectos entre ciudades, pueblos y colonias, idas y venidas entre lo urbano y lo rural. ¿Son jóvenes migrantes? ¿Migrar, desplazarse en el territorio les quita “lo rural” a lxs pibxs? ¿Qué define lo “rural” en corporalidades instaladas en el movimiento? Comencemos por lo rural.

Los territorios, retomando a Massey (2007), no pueden ser simples y coherentes, por lo que movimiento y fijación, espacio y tiempo no son contrarios, sino parte de fenómenos complejos. No existe un territorio que podamos llamar “rural” separado del “urbano”, como no existen esencias que definan a lxs “jóvenes rurales” sólo por su residencia. Preferimos hablar así de movilidades físicas, desplazamientos, antes que migración, ya que los movimientos que forman parte las trayectorias escolares, residenciales y laborales de lxs pibxs no son de una vez y para siempre. Ejemplifiquemoslo.

Para el caso de Patagonia, vimos jóvenes que se van a trabajar en la construcción a ciudades cercanas, que migran temporalmente a campamentos de equila que viajan durante meses de estancia en estancia, o que se trasladan para estudiar a escuelas albergue, muchas veces retornan a sus residencias para las tareas que congregan al grupo familiar: la esquila y parición, o más adelante para hacerse cargo del campo cuando sus padres están grandes, o trabajar en alguna de las instituciones locales una vez recibidos, o simplemente porque no logran afianzarse o “hallarse” en otra localidad. Las movilizaciones se instalan así tempranamente en la vida de los jóvenes de los parajes. La escolaridad primaria obligatoria desde edades tempranas impuso el traslado hacia las escuelas con internado; y con la reciente creación de las escuelas secundarias los jóvenes se trasladan desde el campo hasta los centros poblados para asistir a la escuela, quedándose a veces en los albergues estudiantiles.

En general, la mayor parte de las familias reconoce la dificultad de dejar a los hijos en la institución, en ocasiones desde muy pequeños (cinco o seis años), sin posibilidad de verlos periódicamente por la inaccesibilidad de los caminos y las inclemencias del tiempo. Asimismo, quienes de niños fueron atravesados por esta situación, reconocen la nostalgia, la imposibilidad de “hallarse”, el extrañar estar cerca de sus familias y también situaciones de violencia cotidianas⁵ en los albergues. A pesar de ello, la escuela resulta un espacio de socialización juvenil donde estos jóvenes tienen sus rutinas diferenciadas, sus consumos específicos, a través de la ropa y la música.

En algunos casos las familias y hasta los propios jóvenes suelen ver como positivo –aunque no sin contradicciones y tensiones– una formación en el nivel medio que sea alejada de su lugar y entornos cercanos en pos de una educación que consideran de ‘mejor calidad’ o, de acuerdo al trabajo recorrido en el campo. Sin embargo, al momento de pensar

5. Situaciones de encierros, golpes, cintazos, puntazos aparecen en las voces de los relatos recogidos en el trabajo de campo, en trabajos académicos específicos sobre la temática, testimonios en el marco de juicios por usurpación del Estado en contra de las comunidades, que incluso narran experiencias que tuvieron lugar en los inicios de este nuevo siglo XXI. A través del texto “Disputando silencios y olvidos: experiencias de familias indígenas en escuelas chubutenses con internado” (Nahuelquir, 2010) Fabiana Nahuelquir inició un trabajo sobre esta temática con grupos del profesorado 804 Anexo El Maitén que llevó a la realización del video ‘Escuelas con Internados’ en el que se trabaja la temática en profundidad.

en sus propixs hijxs y la educación en escuelas con internado aparecen otros sentimientos. Yanina⁶ es una joven de Fofocahuel que trabaja en la mesa de desarrollo y representa en numerosas oportunidades a su comunidad, tiene un hijito en edad de ingreso al jardín, nos cuenta que más allá de considerar las decisiones de su familia como acertadas al momento de mandar a ella y a sus hermanos a un internado no es algo que ella hoy haría,

Lo seguiría eligiendo, noooooooooo dejar a mi hijito allá, ni dos días, en ningún lado. Para él quiero que vaya todos los días a la escuela y vuelva a la casa y no estar quince días. Porque nosotros sufrimos un montón para estudiar en Costa del Chubut (...) y no, no querés ir, después para volver sí estás re apurado. Sufrimos mucho para estudiar allá, si tenemos, podemos decir que nos educaron muy bien allá, pero era estar lejos de la familia muchos días. Y cuando extrañaba mucho, lloraba, lloraba todo el tiempo.
Yanina, 26 años, oriunda Fofocahuel, 2015, Cushamen Centro.

A veces la decisión de la familia para dejar a sus hijxs en las residencias o internados es mudarse la madre o una mujer adulta de la familia con lxs jóvenes que ingresan al secundario. Quedando en el campo, en general, el varón o la gente mayor, a cargo de los animales.

Esta territorialidad en movimiento se asocia así a la resistencia al sufrimiento por la distancia de los seres queridos y continúa en la búsqueda de trabajo, en el trabajo rural ganadero y/o estudios superiores, pero también hay momentos en que se requiere que estos jóvenes que se han ido vuelvan a hacerse cargo de la producción familiar. Roberto nació y se crió en la comunidad de Vuelta del Río, a los 15 años, sufrió en el campo familiar un brutal desalojo por parte de la policía en representación de un terrateniente de la zona. Finalmente su familia pudo permanecer en sus tierras y Roberto que había dejado la escuela en base a sus experiencias en los internados decidió, a los 18 años, trasladarse a la ciudad de El Bolsón en búsqueda de trabajo.

Ustedes son seis, ¿vos te quedaste en el campo?

Si me he quedado, también tuve la oportunidad de salir a laburar. Que son otras experiencias, yo estuve siete años fuera de la comunidad y de mi casa. Estuve laburando para un privado en Bolsón. El primer tiempo me

6. Los nombres de lxs jóvenes han sido modificados para resguardar su identidad.

dediqué de albañil, yo salí de mi comunidad a laburar afuera, por lo que contaba recién, por ahí es difícil el ingreso económico de la gente joven, en mi comunidad es muy difícil, así que estás obligado a migrar afuera para tener unos pesos. Laburar con un patrón no es lo mismo que laburar con tus vecinos en el campo, ayudante de albañil es lo típico para el que se va del campo, después trabajé de ayudante en un taller mecánico, después ese taller puso una cantera, siempre fui muy ligado a esas cosas, armar hormigones, una pared, así fui aprendiendo cosas que yo nunca había aprendido. Pero siempre tengo como esas cosas, de tratar de aprender. Hoy día, en ese momento estar fuera de comunidad, uno siente el desarraigo, siente el desarraigo de estar lejos de su familia (...) Yo creo que uno pone en valor, cuando uno tiene a los viejos vivos, que es lo más grande que uno puede tener, el valor más grande que todos los billetes que uno tenga en el bolsillo, son tus padres o tu madre, que te dieron la vida. Entonces yo lo veía desde afuera a eso, no muy lejos, pero yo veía que ellos estaban muy solos, que los trabajos que había que hacer trabajos que no podían (...). Y decidí volver por eso.

Roberto, 32 años, oriundo de Vuelta del Río, 2015.

Diferente es el caso de Misiones, donde lxs jóvenes cuentan con escuelas primarias y secundarias en las cercanías de la mayoría de los barrios periurbanos y rurales, por lo que los movimientos suelen vincularse a mudanzas reiteradas propias de cambios laborales de sus padres y madres (en empleos rurales como la tarea y urbanos como la construcción o servicio doméstico) o migraciones breves de lxs propixs jóvenes para “probar suerte” (ver trayectorias en Roa, 2015; 2017b) a otras ciudades de Misiones o grandes urbes de Buenos Aires. Al no tener “terreno” con propia producción en la que retornar; en estos casos, las movilidades son aún mayores, por lo que sus trayectorias residenciales no sólo implican un movimiento campo-ciudad –cómo ocurría en la década del '90 en la que se conformaron las barriadas periurbanas que albergaban trabajadores expulsados de las colonias– entre ciudades intermedias de la provincia o hacia grandes urbes de la provincia de Buenos Aires, sino también ciudad-campo por la atracción de las posibilidades de conseguir trabajo en las cosechas de yerbales de alta densidad como en el municipio de Andresito que recibe migrantes de toda la provincia. En este caso, las movilidades también se vivencian tempranamente en la vida de lxs jóvenes ya sea por acompañar a sus padres o hermanxs a las cosechas en diferentes puntos de la provincia, haciendo campamentos en las cercanías de los yerbales; o por mudan-

zas reiteradas entre ciudades intermedias de Misiones o Buenos Aires. Desde gurices –niños– lxs jóvenes “están” en este ir y venir de ciudad en ciudad, de trabajo en trabajo, de escuela en escuela⁷. Más allá de las trayectorias posibles, lxs jóvenes reconocen al “barrio” –y no la escuela– como el lugar de pertenencia y sociabilidad juvenil principal, y como lugar de retorno donde se “hallan” junto con sus amigxs. Estas trayectorias residenciales zigzagueantes, se corresponden con trayectorias zigzagueantes en las escuelas de las barriadas (teniendo casos límites en Andresito donde jóvenes iban de escuela a escuela según el campamento de cosecherxs) y en el mercado laboral yerbatero, donde lo que prima es el día a día según dónde se coseche. Este es el caso del Koala:

Koala tiene 20 años y vive en la casa de su madre cerca de Cuatro Bocas, frente a la proveeduría de la Cooperativa. A sus 17 años dejó la escuela (estaba en 7° grado) porque ya había repetido demasiados años. En ese momento estuvo un año “al pedo, así boludeando” haciendo algunas changas esporádicas. Se anotó para entrar a trabajar en el secadero pero no lo llamaron, “porque ahí todos entran acomodados” –me dijo–. Entonces se fue a probar suerte a Buenos Aires, ya que tenía un amigo que se había ido allá. Se fue a vivir al barrio de Once con él. En Once trabajó en una pizzería de mozo –allá podía comer todo lo que quisiera– y después en un local de judíos vendiendo ropa. No le gustaba salir por miedo a perderse. Un día salió tranquilo a caminar –le dicen Koala porque siempre está tranquilo y va lento por la vida– y la gente lo atropelló. Caminó sólo unas cuadras y volvió porque todo era igual y tenía miedo de no encontrar el departamento luego. A pesar de que pudo conseguir trabajo no se hallaba porque estaba solo todo el tiempo y no tenía con quien salir o hablar. Su amigo trabajaba todo el día y no lo veía nunca. También tenía un hermano en la ciudad, pero no lo veía porque vivía lejos y para eso tenía que viajar. Dos meses después sacó un pasaje, le mandó un mensaje a su mamá y volvió al barrio. Me dijo: “volví todo blanco, de tanto estar encerrado”. A su regreso su mamá habló con Antonio a ver si tenía un lugar para él en la cuadrilla. En la temporada siguiente lo llamó y desde entonces tarefea. A diferencia de Buenos Aires le gusta estar en el barrio porque es tranquilo y conoce a todos.

Koala, 19 años, oriundo de las viviendas de Cuatro Bocas, Cuaderno de Campo III, Montecarlo, 2013.

7. En este sentido, más allá de que en la actual generación joven todos hayan accedido a las escuelas primarias y secundarias –algo inédito en generaciones anteriores–, la intensa movilidad de las familias hace que el rendimiento escolar y la retención escolar de lxs alumnx resulte sumamente baja.

Las migraciones temporarias o fallidas se vivencian como una serie de recorridos marcados por el no lugar, en un proceso indefinido de estar ausente en pos de algo propio. Las mismas parecen definirse en una lógica de vagabundeo, una red de estadías adoptadas por la circulación, que culminan en “volver al barrio”, la instalación definitiva, y en muchos casos la clausura de expectativas de ascenso social. Luego de 2013, Koala migró nuevamente a Buenos Aires para trabajar en la construcción junto con unos familiares de Florencio Varela. Al haber desarrollado mucha fuerza en la tarea, lo tomaron en seguida.

Vemos en ambos casos cómo lxs jóvenes “están” en movimiento de trabajo en trabajo, de ciudad en ciudad, de casa en casa, de escuela a escuela. En este sentido, el desarraigo se socializa fundamentalmente cuando lxs pibxs se alejan del barrio (Misiones) o la residencia rural (Patagonia), ya que es el lugar donde “se hallan” junto a sus familiares, amigos y vecinos, quienes en la mayor parte de los casos son sus compañerxs de cuadrilla en los yerbales o comparsas en la lana. Y este “hallarse” se da en el espacio rural. Pero no nos adelantemos...

“Hacerse fuertes”. Cuerpos que resisten

¿Cómo se constituyen las corporalidades desde este “estar” en movimiento? ¿Qué particularidad tiene la socialización de lxs pibxs en los espacios rurales? Algo que comparten los casos, es la inmersión de los cuerpos en el monte y/o campo, que se incorpora de manera práctica, mimética, kinestésica y emocional a través del trabajo rural durante la infancia y juventud. El trabajo infantil inmersiona a los sujetos en el campo.

En el caso de la Patagonia, el trabajo cotidiano con los animales en el propio predio exige un esfuerzo corporal y destrezas suplementarias en los momentos de parición y esquila, además de una resistencia corporal en relación a las inclemencias climáticas cotidianas (lluvia, frío, etc.) que van dejando inscripciones sensorio-emotivas (Citro, 2009) desde edades tempranas —más allá que desde que caminan lxs niñxs acompañan a sus hermanitxs o mamá en las tareas exteriores cercanas al hogar, es aproximadamente a partir de los seis años que empiezan a hacerse cargo de ciertas tareas como la búsqueda del rebaño o maderas. Los sujetos socializan sus hábitos corporales a la manera de un

entrenamiento corporal junto con sus animales, al mismo tiempo que, en ciertos momentos, llaman a sus partes corporales de manera similar a las de los animales. Sus cuerpos se “endurecen”, se “hacen fuertes”, modificando el umbral de tolerancia al dolor físico, y dando forma a economías del movimiento propias del trabajo rural (Roa, 2015). Esta socialización se percibe localmente como “hallarse” en el campo. Noción que refiere al sentirse cómodo/a, estar a gusto, a “sus anchas” en un espacio o ámbito que se siente como propio y que se define por no estar encerrado (como en la escuela).

El conocimiento práctico y las destrezas corporales adquiridas desde la infancia en un trabajo infantil reconocido como una ayuda familiar que es formativa y valorada al interior de las familias, es parte de las construcciones identitarias de género lxs pibxs. En la esquila, actividad principalmente ligada a los varones, aunque –sobre todo con las chivas– participen en algunas familias las mujeres; el ambiente se percibe como extenuante y de disfrute comunitario, siendo la esquila un saber legítimo para el grupo local, y valorado en el trabajo extra-predial. Es común que los varones jóvenes se adiestren trabajando en las cooperativas de esquiladores de productores locales (sus propios padres) –luego de formaciones en espacios escolares o comunitarios dados por el Prolana-INTA– para, en algunos casos, ingresar a comparsas más grandes que recorren durante seis meses estancias patagónicas. Cristian es de Colonia Cushamen, después muchos esfuerzos como haber vivido en El Maitén con su hermana desde los trece años para hacer el secundario y de haber estudiado en El Bolsón el profesorado para maestro de primaria, hoy es maestro en la misma escuela de la Colonia. Las diferentes actividades para el ‘rebusque’ económico mientras estudiaba siguieron relacionándolo con el campo.

También he hecho tareas rurales, mientras estudiaba, esquilaba ovejas y me sentía un campeón esquilando ovejas, por qué, porque acá ponele... acá se le llama lata cuando vos terminás de esquilar una [oveja]. Te dicen “mirá, ganaste una lata de diez pesos”, y allá [fuera de Cushamen] nos pagaban mucho más, y los peones de ahí eran más lentos que nosotros. Nosotros nos criamos con el tijeón de chiquitos ya maneándolo, entonces íbamos a las cabañas, le esquilábamos, treinta ovejas. Capaz le sacábamos en un día nosotros y ellos estaban, capaz una semana. Y en ese sentido nos sentíamos fuertes, fuertes.

Cristian, 35 años, oriundo Colonia Cushamen, 2017.

Las condiciones laborales en la esquila no sólo implican las inclemencias climáticas de estar trabajando en estancias, el dormir en la intemperie o en galpones a veces sin agua ni luz, sino que también suponen jornadas de trabajo de 8 a 9 horas, divididas en cuartos –períodos de 2 horas y quince minutos– en los que las ovejas son ingresadas al galpón para ser esquiladas. La esquila se organiza en puestos especializados al interior de las comparsas (esquilador, acomodador, playero, acondicionador, mesero, prenero, mecánico y cocinero) en donde los jóvenes suelen ser playeros (aprendices) o esquiladores. La esquila supone una ductilidad para realizar de manera reiterada movimientos rápidos pero delicados para con el animal, atención periférica, y posiciones de fuerza reiteradas que generan lesiones y cansancio en la espalda, las piernas y brazos. El pago a “destajo” (por lata o animal esquilado) y en cadena productiva entre roles supone ritmos de trabajo acelerados y bajo supervisión que son difíciles de incorporar para quienes no son de la zona. Esta ductilidad, la socializan los jóvenes desde edades tempranas en el trabajo familiar. Por otro lado, estar en el campo también implica, desde pequeños hacerse cargo de la distribución de tareas asignadas hegemónicamente a cada género. Rayem, una joven de Fitamiche, nos cuenta cómo desde muy chica empezó a ‘hacerse cargo’ de ciertas tareas vinculadas al trabajo doméstico:

Y un año, yo siempre le cuento, antes de que mi abuela empiece a trabajar en la escuela, de portera, yo era chiquita igual, a mí me tocaba quedarme, siempre, viste que siempre, me tocaba quedarme con los otros chicos, siempre me acuerdo yo, porque la primera comida que empecé a cocinar era huevo duro (risas). Porque mis abuelos salían al campo y mi tío también, todos y ahí se dedicaban al campo no más, así que era trabajar lo que es parición, todo el día en el campo. A la noche recién llegaban, como las chivas son de parir lejos, una arriba de la loma, la otra allá, ellos llegaban tarde, así que a mí me tocaba quedarme con ellos y les daba eso de almuerzo. Rayem, 21 años, oriunda Fitamiche, 2015.

Las corporalidades fuertes que resisten el trabajo agrícola y las inclemencias climáticas, en el caso de lxs tareferxs, se vinculan a la socialización temprana de lxs niñxs y jóvenes en los yerbales, acompañando

a sus padres, vecinxs o familiares a la manera de ayuda familiar⁸. Dicha socialización, a diferencia de lxs jóvenes patagónicos, se da en un contexto de principios culturales contrapuestos: por un lado hay una mixturización de códigos culturales urbanos y rurales con una hegemonía de la cultura de consumo urbana en la que se prioriza la erradicación del trabajo infantil y juvenil (caso contrario a la Patagonia), y por otro lado, una moral del trabajo al interior de las familias según la cual quien asume un lugar digno y de autoridad es quien trabaja fuera del ámbito doméstico. Desde estas tempranas inmersiones en el monte (entre los 10 y 13 años, y edades más tempranas en los barrios rurales), los sujetos se educan sensorialmente de manera mimética y kinestésica, adquiriendo desde el juego y la ayuda familiar modos de moverse, de percibir visual y auditivamente en el yerbal (las distancias en espacios selváticos se dan desde la audición), un cuerpo fuerte curtido por el sol y las picaduras de insectos que ya no pican, y temporalidades propias del ritmo de la cuadrilla que organizan la economía del movimiento a lo largo de la jornada laboral (cuando se “aprieta”, es decir cuándo se acelera el ritmo de la cosecha para que rinda según el momento del día). Dicha socialización, va constituyendo hacia los 16 años un estado de urgencia permanente en los sujetos que no sólo los incorpora al ritmo de la tarea, sino también facilita una respuesta acelerada a las vicisitudes que se puedan presentar como riesgos en el yerbal (picaduras de insectos, reconocimiento de serpientes y víboras, cortes y otros riesgos laborales). Se adopta así una tensión de conciencia o *attention a la vié*, pensando en los estudios clásicos de Alfred Schütz, que permite lo que los pibxs llaman “atropellar en el yerbal”. Esta característica nos la describieron Patricia y sus hermanas, tareferas de Cuatro Bocas, que juntan esfuerzos para que su hermana menor pueda terminar los estudios secundarios y no tenga que trabajar.

8. El comienzo en la tarea es a modo de ayuda con lxs familiares, generalmente por la necesidad de las familias y elección propia de lxs jóvenes. Las edades de ingreso a la ayuda familiar en la tarea son más tempranas para los hermanos varones mayores del grupo familiar (los hermanos menores tienen mayores posibilidades de mantener el estudio en la escuela apoyados por la totalidad del grupo familiar). Hacia los 16-17 años los jóvenes varones cosechan de forma independiente mientras que las mujeres siguen trabajando a modo de ayuda con sus parejas, familiares y ocasiones vecinas (ver Roa, 2017 a, 2017b).

Patricia: Hay muchos que no son tareferos porque se mueven despacio... le buscan la vuelta. Y los tareferos no, van y con los pies van [hace un gesto con los pies como si avanzara por la capoeira].

Cristina: Como que un tarefero cuando va, va en alpargatas y va pisando lo que va y va...

P: Vos por ejemplo si vas a entrar en alpargatas al yerbal te vas a lastimar toda, pero el tarefero no. (...) No se lastima.

L: Pero ¿por qué? ¿por la forma de caminar?

C: Sí, no se lastima y no se cae porque...

P: No siente más el tarefero

C: No siente nada.

P: Es como que tiene el cuerpo preparado... (...)

C: Por ahí no sentís mucho que te pican los bichitos ¿viste? Y uno, y vos por ejemplo sentís re bien cuando te está picando algún bichito... o te molesta.

L: Yo me pongo como loca.

C: Pero nosotros no.

P: No importa.

Entrevista a Patricia (22 años), y sus hermanas Zunilda (19 años), Cristina y su mamá, oriundas de viviendas de Cuatro Bocas, Montecarlo, 2011.

En ambos casos observamos que a través de estas tempranas socializaciones en ayudas familiares, lxs jóvenes desarrollan una percepción plurisensorial (Wacquant, 2006) propia del monte y la estepa, y una emocionalidad vinculada a la “resistencia” al “sufrimiento” del trabajo en condiciones climáticas hostiles que funciona a la manera de un capital corporal juvenil. En el caso de Patagonia, sobre todo para los varones, y en el caso de Misiones para varones y mujeres (que al interior de las familias son “hombres sociales”). El mismo se desgasta de manera tal en las jornadas laborales, que resulta incompatible con la socialización en la escuela, ya que los cuerpos quedan exhaustos luego del trabajo. En este sentido, a diferencia de los jóvenes patagónicos que se inician en el trabajo con sus familias en su propio predio o cooperativa local, lxs jóvenes trabajadores de Misiones, limitan lo que llaman “la fundición” —es decir el desgaste corporal en el trabajo y la pérdida suplementaria del capital corporal juvenil— a la necesidad económica específica que tengan, la cual varía por lo que necesitan aportar a sus familias (dependiendo si tienen hijxs, hermanos, padres, etc.). Tal “fundición” —que entendemos como una metáfora corporal de la explotación en el yerbal encarnada (Low, 1994) — no se reconoce como una enfermedad o des-

gaste laboral, sino que se vincula a estar-en-el-yerbal, a ir a la cosecha y ser el más pobre de los pobres.

E1: Por ahí te afecta al cuerpo en la capacidad motriz. El otro día estaba tarefeando y después cuando volví a mi casa tenía mucho frío, todos estábamos temblando. Y cuando volví a mi casa tenía mucho frío y me dolía el pecho, nunca sentía un dolor tan fuerte. [...] Y si llueve es peor. (...)

E4: Y sí... Vos ya no tenés ganas de salir a joder. Te sentís cansada.. [...] Yo llegaba y yo quería cama, comer y cama. (...) O la columna.(...) O sino la cintura, porque te agachás (...)

E1: Después vos no siente, pero vas llegando a una edad a los 40, 45 años (...)

E4: Yo tengo un hermano que tarefeó desde chico y ahora no puede hacer nada, le afectó a los riñones, todo...

E1: Todo eso por acá por la humedad, te entra en los huesos y todo eso suma. Con el correr de los años te va sumando todo y después te pasa factura (...)

Focus Group con jóvenes tareferxs oriundos del barrio Malvinas, Montecarlo, 2019.

A pesar de ello, el “estar en el trabajo rural” para lxs pibxs implica un grado de libertad. En un trabajo a destajo, precario e informal como la tarefa, existe una sensación de libertad vinculada a “trabajar lo que se quiere”, “ganar directamente lo que se hace” y a permanecer en la cuadrilla durante el “tiempo que se quiere”. Al mismo tiempo, en el caso patagónico la vida en el campo como productores de animales, resulta valorada por la libertad, la falta de horarios y patrón –en el caso del trabajo en el propio campo– y también por la tranquilidad. Lucas, vive en Costa Ñorquin Co, es un joven que gracias al trabajo en una cooperativa de viviendas pudo permanecer en el campo familiar, y distribuye sus horas entre el estudio –los fines de semana en la tecnicatura de Economía Social y Desarrollo Local–, el trabajo del campo y el trabajo de la cooperativa. Papá de una niña pequeña, vive con su pareja en el predio familiar.

Yo creo que antes me quedé más que nada por ella, pero también uno siente que se vive bien, está tranquilo, yo por ejemplo tengo a mi hija que tiene tres años y ella entra y sale de la casa y anda todo el día afuera si quiere, y no le pasa nada, anda ahí no más. Tiene una libertad terrible, ella y uno también. Yo hago algo si quiero, y si no me quedo tranquilo ahí y nadie me va a decir nada. Más que nada parece que es la paz, una tranquilidad. Así como

la gente se acostumbra a estar en la ciudad uno se acostumbra a estar en el campo. Y estando ahí tranquilo. Más allá de que no se deja de pensar qué hacer para poder estar mejor.

Lucas, 28 años, oriundo Costa Ñorquin co, 2018.

Identidades encarnadas

La corporalidad fuerte de lxs pibxs se enraíza con identificaciones laborales y étnico raciales vinculadas a un pasado y presente rural, objetivándose como una identidad juvenil hacia los 17-19 años en Misiones y edades hasta los 30 años en la Patagonia. Es aquí donde la categoría “joven rural” tiene sentido.

En el caso de la Patagonia, sobre todo para los varones, el ‘ser joven’ se asocia por un lado al no haber formado una familia propia aún o estar iniciándola, vivir en la casa de padres/madres/abuelxs, estar iniciando su propia trayectoria laboral más allá del predio ‘familiar’, continuar –en algunos casos– una trayectoria educativa. Por otro lado se vincula a un ‘estar en el campo’ diferencial de padres y abuelos, en relación a una movilidad más fluida, así como el hecho de no tomar decisiones determinantes en relación al predio y la producción (Barés, 2019). Es por ello que este ‘ser joven’ puede extenderse a la treintena de años como en los casos mencionados en este artículo. Por otro lado, lxs pibes vivencian una alterización que actúa a través de un nosotros invisibilizado hacia un sí mismo marcado como negro, indio, pobre (Briones, 1998). En este marco, un camino posible es que lxs jóvenes busquen desmarcarse, para tratar de formar parte de un nosotros blanqueado. Otro camino, es que lxs jóvenes se apropien de su pasado “mapuche” o “tewelche”, transformando estigmatizaciones coloniales heredadas en un “orgullo ligado con la tierra”.

La reivindicación étnica reconocida en las marcas corporales de fenotipos indígenas y corporalidades rurales, activa las memorias y silencios que guardan dolores. Sin embargo, estas memorias perviven y se vuelven argumento y seña performativas, actualizadas luego en el presente en la conflictividad por el territorio, un presente en el que las alteridades continúan siendo producidas por ciertas políticas estatales.

En cambio mi viejo me contaba de la experiencia que le contaba su abuelo, de la llamada conquista del desierto, que los llevaban cautivos, los llevaban

caminando, los arreaban como ganado, que eso se lo contaba su abuelo, las cosas que les hicieron, la prohibición de hablar su propio idioma, los castigos que les daban por no saber hablar español, su abuelo y le iba contando que vio muchos niños morir en el camino y muchas madres también, o muchas madres que les ha tocado dar a luz en ese espacio ahí en la tropa y no dar más y ahí mismo terminaban, es una cosa que le contó su abuelo, pero que tuvimos que pasar nosotros. Uno se pone a pensar lo que queda del territorio mapuche, lo que queda de las comunidades. Queda mucho por ver todavía, muchas cosas que no se dicen y de la invasión que generaban en esa masacre al pueblo mapuche, tratándolos de que eran brutos, de que no sabían hablar, los cazaban como cazaban cualquier animal y bueno ellos contaban que siempre se reunían, que organizaban camaruco. Cuando él me lo contaba yo era pibe, y son cosas que me quedaron en la cabeza y que la verdad me sirvieron un montón y sin saber que en un futuro yo iba a pasar por la misma circunstancia, yo, mi familia, la comunidad, mis hermanos, vivir ese momento dramático, el abuso de la policía, que para mí era un cuento que había escuchado de mi mamá, que también había escuchado de mi papá y por otras personas.

Roberto, 32 años, oriundo Vuelta del Río, 2015.

En cambio, en el caso de lxs jóvenes tareferxs, cuando sus trayectorias laborales se fijan en la tarea como principal actividad, sus identificaciones como “pibxs tareferos rurales” se vinculan a aceptar la pertenencia a un colectivo estigmatizado, asumiendo la indignidad social e inferioridad moral de esta interpelación que, al ser mestiza, no implica una reapropiación performativa de un origen étnico específico.

Tarefero=Yaré=Negro=Pobre=Catingú=Esclavo, tales son algunas de las palabras más comunes vinculadas con el yerbal y la tarea, y que interpelan a los jóvenes desde su más temprana infancia. Las mismas presentan una heteroglosia que da cuenta de una yuxtaposición de lenguajes y actitudes que operan solidariamente bajo formas complejas de intersección; excluyendo y discriminando a una población con rasgos étnicos mestizos; origen migratorio de las colonias rurales; estilos estéticos vinculados a la condición de clase obrera rural; y residencia en los barrios periurbanos. Tales significaciones estigmatizan los cuerpos de los jóvenes y la tarea como sentido práctico. Desde entonces su existencia está marcada por prácticas de disociación y disimulo en la ciudad en la que se resisten a ser vistos como lo que son por un otro que los desprecia; adoptando personalidades escindidas, vergonzosas y huidizas para con el horizonte hostil. Con las temporadas de cose-

chas sucesivas, las marcas de la tarea resultan difíciles de quitar de sus cuerpos perennemente fundidos. Desde entonces la posibilidad de escape, apartamiento y reclusión entre los pares suele ser el medio más efectivo para huir del ultraje⁹.

Por eso dicen por cierto, cuando dicen tarefero es porque es un trabajo sucio y más un trabajo que está debajo de todos los trabajos, ya... Viste, cuando escuchás tarefero... ah bueno tarefero... Los tareferos no tienen estudios, los tareferos son prácticamente bien analfabetos, muchísimos tareferos, ni siquiera sabe leer, ni siquiera conoce una ley [...] Los tareferos van por debajo de todas las cosas. Quizás los tareferos son menos de que los aborígenes. ¿Viste que los... que los aborígenes tienen ayuda del gobierno, tiene eso, tiene aquello...? Los tareferos no. [...] Está por debajo del aborigen ¿cierto? [...] Nosotros nos sentimos esclavizados, esclavizados... es un trabajo muy esclavizado... [...]

Sonia y Cristina, tareferas adultas, oriundas de las viviendas de Cuatro Bocas, Montecarlo, 2011.

Pero a pesar de ello, lxs pibx tareferos comparten una alegría visceral, existencial, sapucay y yerbatera que transforma el sufrimiento en una existencia llevadera, alegre, despreocupada, joven. En un “hallarse juvenil”.

Concluyendo... corporalidades inmersas como fundamento

Más allá de las diferencias entre lxs jóvenes tareferos del norte y lxs criancexs del sur –propias de su condición de clase como campesinos y trabajadores rurales urbanizados– y de que en sus identificaciones actúan como marcadores y marcaciones de alteridad el ser ‘del campo’, ‘de la línea sur’, ‘rurales’, ‘mapuche’, ‘tareferos’; ambos grupos muestran cómo el ‘hallarse en el monte’, entendido como un ‘sentirse cómodo/a’ que da cuenta de una instalación del sujeto en el territorio, resulta un fundamento existencial que sustenta, encarna las identidades juveniles

9. En este sentido, las transformaciones performáticas de estas identidades subyugadas son durante la adultez, vinculadas fundamentalmente con la lucha social en el marco de las protestas sindicales locales, donde las mujeres en los últimos 10 años han tenido un rol protagónico (ver Roa, 2015).

rurales. Es que si partimos de comprender las identidades juveniles de la premisa básica que ellos mismos llaman como el 'hallarse en el monte/yerbal/barrio/campo', el cual es un estar-en-el-mundo sensible e instalado en la territorialidad en movimiento; la noción juventud rural deja de ser un concepto para convertirse en experiencia.

Concluimos este diálogo polifónico, sosteniendo que las experiencias juveniles en la ruralidad argentina hoy se constituyen desde corporalidades inmersas en el movimiento que tienen al trabajo y al 'estar en el monte' como principios rectores organizadores que diagraman subjetividades que son carne, emoción y práctica. En este sentido, más allá las estigmatizaciones simbólicas propias de sus pertenencias étnico-raciales-territoriales, el análisis de la corporalidad nos permite divisar modos creativos de habitar el territorio, el trabajo, la escuela, el barrio, la estigmatización heredada. Es que para estxs jóvenes, ser y estar joven "no es un bajón", es un grito sapucay a la vida en la amplitud del monte, es la mirada silenciosa y tímida sonrisa del horizonte desértico con los animales, son los indicios de libertad corporal que se hilvanan en el trabajo rural, en el 'estar piola' con la gurisada en el barrio o con los compañeros de la comparsa a son del chamamé, el sentirse segurx, cómodx, a gusto con y desde la tierra propia. En este 'hallarse' se despliega una sensación de poder sobre sí mismo que da el manejo del propio cuerpo y las emociones en los modos de habitar lo rural.

